

uno de ellos—, capaces de sepultar los engranajes de la investigación, y también dispuestos a relegar el impulso fácil, los golpes de efecto y un determinismo más bien tópico. Entre todas las faltas que se les reprocha a los modernos practicantes de esta fórmula, acaso la más notable sea la suplencia de los métodos deductivos por un armazón de fuegos de artificio: escapadas y tiroteos, bruma de muselina y cambios de apariencia, fáciles acertijos, héroes frívolos y villanos de folletín, cuya fatuidad los arrastra y nos arrastra hasta el olvidable desenlace.

Lejos, muy lejos de este bati-burrillo se sitúa el argentino Manuel Peyrou, autor de intrigas en las que vibra un tornasol de reflejos. Como Chesterton y Machen, Peyrou fue un aficionado a esas revelaciones que mueven la vida de los místicos y de los detectives. Con la perspectiva que proporciona la distancia, se diría que quiso bosquejar una visión de su época, y que al fin la refractó en una serie gradual de ambigüedades. Coherencia por desvarío: cada uno de sus cuentos policiales persigue una cifra que, de forma inesperada, renuncia a su fuero y deja resquicio a la duda. La intriga cae así bajo la seducción de la irrealidad, librada a su propio albedrío. Al cabo, es verosímil que ahí radique, justamente, el secreto de Peyrou: aspirar profundamente el humo de

sus relatos equivale a una oleada de recuerdos inapresables.

En la antología que comentamos, predominan los investigadores cordiales, de ésos que alientan las confidencias por medio de un *whisky* con *ginger ale*, y los cuchilleros melancólicos, cuyo prestigio viene a ser un signo de transgresión. Reunida a partir de los libros *La espada dormida* (1944), *La noche repetida* (1953), *El árbol de Judas* (1961) y *Marea de fervor* (1967), esta serie atrapa las esencias del escritor. A saber: la valerosa intensidad de sus criaturas, la ocurrente casuística de las tramas y el cuidado puesto en el perfeccionamiento de ambas. ¿Convergencias? Las hay con Bioy, con Borges, obviamente. Gracias al primero, podemos también repetir que Peyrou «profesó el arte hoy casi perdido, de urdir curiosos argumentos y de narrarlos de un modo lúcido, con sentencias claras y eufónicas».

La mujer en «el origen del hombre», M^a Ángeles Querol y Consuelo Triviño, Edicions Bellaterra, Barcelona, 2004, 334 pp.

Revisar los orígenes de la humanidad es una experiencia extrañamente conmovedora. A escala muy precisa, se ve que nuestros le-

janos antepasados ejecutaron una suerte de ensayo general. Al tomar prestado un nuevo rostro, perdieron la inocencia simiesca. También superaron las bajas predilecciones, y a partir de esta necesidad *social*, adoptaron un calendario donde la memoria ya estaba cristalizada. Al repasar este fino despliegue, no podemos menos de meditar sobre nociones tan ambiguas como el progreso y la identidad. Por simpatía, cuando la prehistoria nos devuelve la mirada, vivificamos la substancia de nuestro linaje, pero también nos familiarizamos con la temeridad de aquellos primeros individuos: tercos y más bien susceptibles, con su buena dosis de fatalismo, fiados de su propio criterio al enfrentarse con bestias, o aún peor, con incendios, riadas y demás cataclismos. Qué duda cabe: éste es un ámbito de conjeturas, y disponemos de pocos indicios que nos puedan servir de ayuda a la hora de recrear tales escenas. Frente a novelistas y cineastas, los grandes antropólogos de los tiempos recientes procuran restar sensacionalismo al cuadro. No obstante, seguimos definiendo a las fraternidades primitivas por medio del mismo patrón genérico: cazadores masculinos, orgullosos de acechar a las mejores presas, y hembras maternas, ocupadas en la recolección de frutos o rumiando la melancolía de las cuevas, con la mirada puesta en los rescoldos de una hoguera.

A estas alturas, sin embargo, debemos ir más allá del estereotipo. Cuando menos, a eso es a lo que nos invitan una paleoantropóloga española, M^a Ángeles Querol, y una escritora y filóloga colombiana, Consuelo Triviño, en este atractivo libro, ubicado a mitad de camino entre los *gender studies* y la historiografía científica. Bajo la influencia cruzada de sus respectivas especialidades académicas, es de agradecer que las autoras sometan la materia de estudio a una investigación casi judicial.

Ambiciosa, Querol desarrolla su análisis a partir del rótulo *El espacio de las mujeres en los discursos históricos sobre los orígenes humanos*. Al comentario sociopolítico de la España decimonónica, la investigadora añade un denso inventario de referencias que nos permiten comprender los vínculos entre el tradicionalismo y la supremacía de los creacionistas. De los pasajes citados, se puede asumir que, con sistemática aplicación, este modelo también se mantuvo a lo largo del siglo XX. Es más: el Sexenio Revolucionario y la Segunda República figuran en la obra como únicos periodos de alivio para los pensadores darwinistas.

El sesgo sexista y la diferencia discriminatoria, consecuentes con esa costumbre reaccionaria de nuestra sociedad, han perdido algo de su brío en los últimos tiempos.

Pero incluso en los libros divulgativos más recientes cabe detectar numerosos clichés de este orden, que la autora desecha por indeseables. Tras subrayar el complicado equilibrio que precisan las denominaciones genéricas en los manuales escolares, Querol da un paso más allá y evalúa el modo en que se plasma el evolucionismo en la sociedad de la comunicación, que aún se presta a las viejas idealizaciones. Acá, el triunfo del tópico depende sólo de una reiteración (A saber: en la prehistoria las tareas esenciales corren a cargo de los hombres, mientras que las mujeres apenas se dejan ver o lo hacen como tímidos comparsas.) No se puede negar, desde luego, el empeño puesto por Querol en abolir ese estribillo. Al final, es la lección feminista la que presta su apoyo a este sondeo, tan esmerado como provechoso.

La segunda parte del volumen, debida a Triviño, se resume en su título, *Evolucionismo y género: el lugar de la mujer en la narrativa de finales del siglo XIX y principios del XX*. Acá es un inteligente análisis de la personalidad social del periodo lo que fundamenta el sondeo literario. Esto, sobre todo, es lo que interesa a la autora, quien se encarga de vincular las interpretaciones del evolucionismo con el modo en que los narradores asignaron papeles a la mujer. Aunque no por elección de Darwin,

lo cierto es que su teoría sirvió para promover un frívolo biologicismo, en ocasiones definido desde posturas reaccionarias. Ello se advierte en bastantes de las obras hojeadas por la investigadora, en las que sin duda predominan cuatro siluetas esenciales: la madre procreadora y nutricia, la madre todopoderosa y ahorradora, la vampiresa y la mujer redimida por la inocencia de la naturaleza. Es todo un síntoma que, aunque sea de mala gana, ninguna de ellas encuentre su eje en la cultura sino en los instintos.

La concurrida biblioteca que airea Triviño incluye entregas de Galdós, Valle-Inclán, Clarín, Blasco Ibáñez, Palacio Valdés y otros muchos. De entre los novelistas revisados, sólo Felipe Trigo defiende que la libertad sexual puede fomentar la emancipación femenina. Por descontado, en los demás predominan las retóricas del androcentrismo. Gestos, en definitiva, de un esquema social muy subrayado, con predilección por los calificativos condescendientes. Por lo que hace a la tribu literaria, está claro que nos hallamos en el cuarto de calderas del machismo. Ahora bien, ¿qué disposición científica estimuló este arraigo sexista tan perdurable? Sin duda, se trata de una pregunta de gran interés y merece la lúcida respuesta que se le da en estas páginas.

Guzmán Urrero Peña

